

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

La parábola del trigo y la cizaña habla del problema de la coexistencia de buenos y malos. Ya san Agustín señalaba que es imposible saber ahora qué hombres pertenecen ya a la Jerusalén celestial y cuáles no. El juicio definitivo queda reservado a Dios, que es el único que conoce el interior de los hombres. Pero el evangelio deja clara dos cosas.

La primera, que Dios sólo es responsable del bien que hay en el mundo, no del mal. La cizaña ha sido sembrada por el Enemigo.

La segunda, que al final vence el bien.

El mal sólo está ahí porque parasita sobre el bien, y es causa de innegable sufrimiento para algunos. La parábola, sin embargo, anuncia la victoria final de Dios sobre el mal, cumpliéndose la justicia y el poder de que habla la primera lectura.

El problema del mal es muy grande y, quizá, el sufrimiento del inocente es la mayor objeción a la bondad divina. En el Catecismo se nos dice que toda la Revelación es una respuesta de Dios al misterio del mal.

A veces una enfermedad cambia el corazón, o hay personas que son probadas por el sufrimiento, y gracias a ello sacan lo mejor de sí mismas.

En cualquier caso, Dios es paciente con los hombres y sigue cuidando no sólo de la historia universal, sino también de cada uno de nosotros. Y, hemos de reconocerlo, a veces en nuestro corazón se junta el trigo con la cizaña, pero Dios no nos destruye, porque nos ama. Siempre nos da una oportunidad.

San Agustín ya decía que Dios no permitiría ningún mal si de Él no pudiera salir un bien mayor. Y eso vale para todo, para soportar los defectos del prójimo e incluso nuestras propias debilidades.

Pero también es evidente que Dios no quiere la cizaña, y por eso nosotros también debemos evitarla. Los santos lograron quemarla en el fuego del amor y de la misericordia de Dios.

En la comunión de la Eucaristía, es el mismo Señor el que se siembra como una semilla de trigo en el campo de nuestro corazón, como se sembró en el corazón y en las entrañas de María. Deja que crezca abundantemente en tu vida ese Cristo que recibes en la Santa Comunión, y que se siembra en tu alma.

Y si hay cizaña, confíala a su misericordia.